

suponian. Los esparcidos restos del partido religioso y del partido realista se consolaban en estos sueños. La popularidad de Robespierre era más grande tal vez en estos momentos en el partido de las víctimas que en el de los verdugos, llegando á deslumbrar á madama de Sainte-Amaranthe, que quiso volver á abrir en Paris su casa á las fiestas y á los placeres en medio del duelo general. Se fió al genio de Robespierre, y ardía en deseos de conocerle, de seducirle y de atraerle á sus opiniones. En vano la señorita Grandmaison, temblando por su amante, escribía á Mr. de Sartines que el momento era siniestro, que los comités y Robespierre estaban en lucha, y que el hacha de la guillotina estaba suspendida entre un alivio esperado y un terror más activo. Madama de Sainte-Amaranthe no escuchó más que sus ilusiones; arrastró á su hija, su yerno y un niño de quince años, hijo suyo, á Paris.

Allí se confirmó más y más, por la conversacion de algunos amigos, en las disposiciones que suponía al triunfiro. Sin duda áun estas disposiciones le fueron insinuadas por agentes de Robespierre. Este buscaba en estos momentos unirle todo á su nombre, hasta los realistas, por lo vago de sus esperanzas.

Mr. de Quesvremont, antiguamente familiar de la casa de Orleans, y entonces mendigando la familiaridad de Robespierre, hizo participar á madama de Sainte-Amaranthe del entusiasmo por el hombre predestinado que decía que sólo esperaba la hora en que se madurasen sus designios, y que sólo concedería al Terror lo que no era posible aún quitarle. Como discípulo fanático de Catalina Theos, Mr. de Quesvremont habló á madama de Sainte-Amaranthe del nuevo culto como una profunda concepción del restaurador del orden, inspirándole, como á su hija y á su yerno, el deseo de hacerse iniciar. «Esto—les decía—es un acto que inspirará confianza á Robespierre.» La llamada marquesa de Chastenay, ardiente realista y más ardiente adepta de la *Madre de Dios*, acabó de determinar á madama de Sainte-Amaranthe á aquella afiliación. Sartines, su madre política y su esposa fueron introducidos en el desvan de la *Madre de Dios*. Estas dos bellas realistas recibieron en su frente el ósculo de paz de la sibila, que debía ser pronto para ellas el beso de su muerte.

Sea que esta condescendencia de las dos jóvenes hubiera sido en efecto una prenda á los ojos de Robespierre, sea que hubiesen hecho concebir en su espíritu el deseo y la vanidad de ver á las dos más célebres bellezas de Paris inclinarse ante su genio, sea más bien que él quisiese tender por ellas un cebo á los partidos proscritos para atraerlos al orden regular que meditaba, consintió en tener una entrevista con sus dos admiradoras. Trial, hombre de teatro y amigo comun, condujo á Robespierre á casa de madama de Sainte-Amaranthe, en donde le recibieron como á un dictador que consiente en dejar presentir sus designios. Se sentó á la mesa en medio de un círculo de convidados escogidos por sí mismo. Robespierre respiraba el entusiasmo, y se dejó reprender dulcemente por los excesos que sufría hacía tiempo. El habló como hombre que debía volver sólo contra los culpables la guillotina que aún descargaba sobre tantos inocentes. Hizo entrever sus designios para dejar lucir alguna esperanza.

IV

Sea indiscrecion de sus huéspedes, sea infidelidad de los convidados, el comité de seguridad general tuvo aviso de estas entrevistas y de aquellas confidencias.

Vadier había hecho introducir uno de sus agentes, Senart, en las reuniones de la *Madre de Dios* para observar los pensamientos y notar los nombres de los principales adeptos. Vadier sabía que Robespierre era su ídolo, y le suponía el instigador. Sospechaba desde el 20 Prairial que quería unirse al pueblo por las supersticiones, y acariciar á las clases superiores por los presagios de clemencia. Vadier quiso á la vez poner en ridículo á Robespierre y hacerle traicion. No se atrevió á atacar un nombre que rechazaba las sospechas y que desconcertaba la agresion; pero esperaba de este modo verter indirectamente sobre este mismo nombre una ridiculez que reflujaba sobre su poder. Además, era una de las empresas más atrevidas mostrar por primera vez en la Convencion que los amigos de Robespierre no eran puros, y que sus partidarios tampoco eran inviolables.

El comité de seguridad general, de acuerdo con la mayoría del de salud pública y con los conspiradores de la reunion de Tallien, ordenó la prision de Catalina Theos y de sus principales adeptos. Los comités dispusieron al mismo tiempo la prision de la marquesa de Chastenay, de Mr. de Quesvremont, de Mr. de Sartines y de toda la familia de Sainte-Amaranthe, sin exceptuar al hijo, que llegaba apenas á los diez y seis años. También hicieron prender á la señorita Grandmaison y á su criado Biret. Se resolvió confundir todas estas acusaciones, extrañas las unas á las otras, en el gran acto de acusacion que Elías Lacoste extendía contra Ladmiral y Cecilia Renault bajo el nombre genérico y vago de *conspiracion del extranjero*. Se había encargado á Vadier que redactase un informe prévio contra la secta de Catalina Theos, fiándose los comités en la malignidad de aquel anciano para dar á las puerilidades de don Gerle los sombríos colores de una conjuracion, y un barniz de ridiculez que recaía sobre el nombre de Robespierre.

Este nombre, que todo el mundo sabía que estaba oculto en el fondo de aquel asunto, sería tanto más visible cuanto sería ménos pronunciado por Vadier. Robespierre había conocido con anticipacion el golpe, pero el puñal estaba envuelto con el respeto. No podía tomar abiertamente la defensa de aquellos sectarios en un momento en que se le acusaba de querer hacer revivir las supersticiones para santificar su dictadura, por lo que se vió obligado á aplazar bajo pretexto de desprecio la lectura del informe de Vadier á la Convencion. Vadier estuvo inflexible; fué necesario sufrir en silencio los sarcasmos del relator, las sonrisas del auditorio, y las insinuaciones malignas contra su papel de Mahomet. El ridículo había desflorado aquel terrible nombre, y la sospecha había arrojado su sombra sobre aquella incorruptibilidad. Los amigos de Robespierre lo habían conocido. Le habían advertido confidencialmente de que tuviese cuidado con Vadier, especie de Bruto, que fingía la rusticidad para ocultar el odio. «Esforzaos—escribió Payan á Robespierre—para disminuir á los ojos de la opinion la importancia que se querrá dar al asunto de Catalina Theos, y para convencer al pueblo que esto es una farsa pueril que no merece más que la risa y el desprecio de los hombres formales.»

En fin, pocos dias despues, Elías Lacoste había hecho el informe del decreto que proponía la remision al tribunal revolucionario de todos los acusados. Se vió reunidos al asesino Ladmiral y á Cecilia Renault, el padre, la madre y hasta los hermanos de aquella joven; Mr. de Sartines, madama de Sainte-Amaranthe, su hija madama de Sartines, su hijo, que no tenía aún la edad del crimen; los señores Laval-Montmorency, de Rohan-Rochefort, el príncipe de San Mauricio, los

señores de Sombreuil, padre é hijo, que habian escapado de los asesinos de Setiembre; Mr. de Pons, Michonis, municipal del Temple, culpable por la compasion y por la decencia que habia tenido con las princesas cautivas; madama de Lamartiniere, la viuda de Epremenil, y en fin, la actriz Grandmaison, castigada por el amor que tenia á Sartines, y hasta el criado de aquélla, castigado por su fidelidad á su ama. Reunieron á estos sesenta acusados el portero de la casa en donde Ladmiral habia intentado asesinar á Collot-d'Herbois, y la mujer de aquel conserje, *culpables los dos*, decia el acusador, *por no haber manifestado bastante alegría cuando fué preso el asesino.*

Al escuchar Robespierre los nombres de madama de Sainte-Amaranthe y de su familia, permaneció silencioso. Temia aparecer como protector de los contrarrevolucionarios. Bien sabía que era su nombre el que herian, pero retiró tímidamente este nombre por no aparecer herido él mismo. ¡Deplorable situacion de los hombres que toman la popularidad en lugar de la conciencia por árbitro de su política! Se cubren con los cuerpos de víctimas inocentes, en lugar de cubrirse con su propia intrepidez.

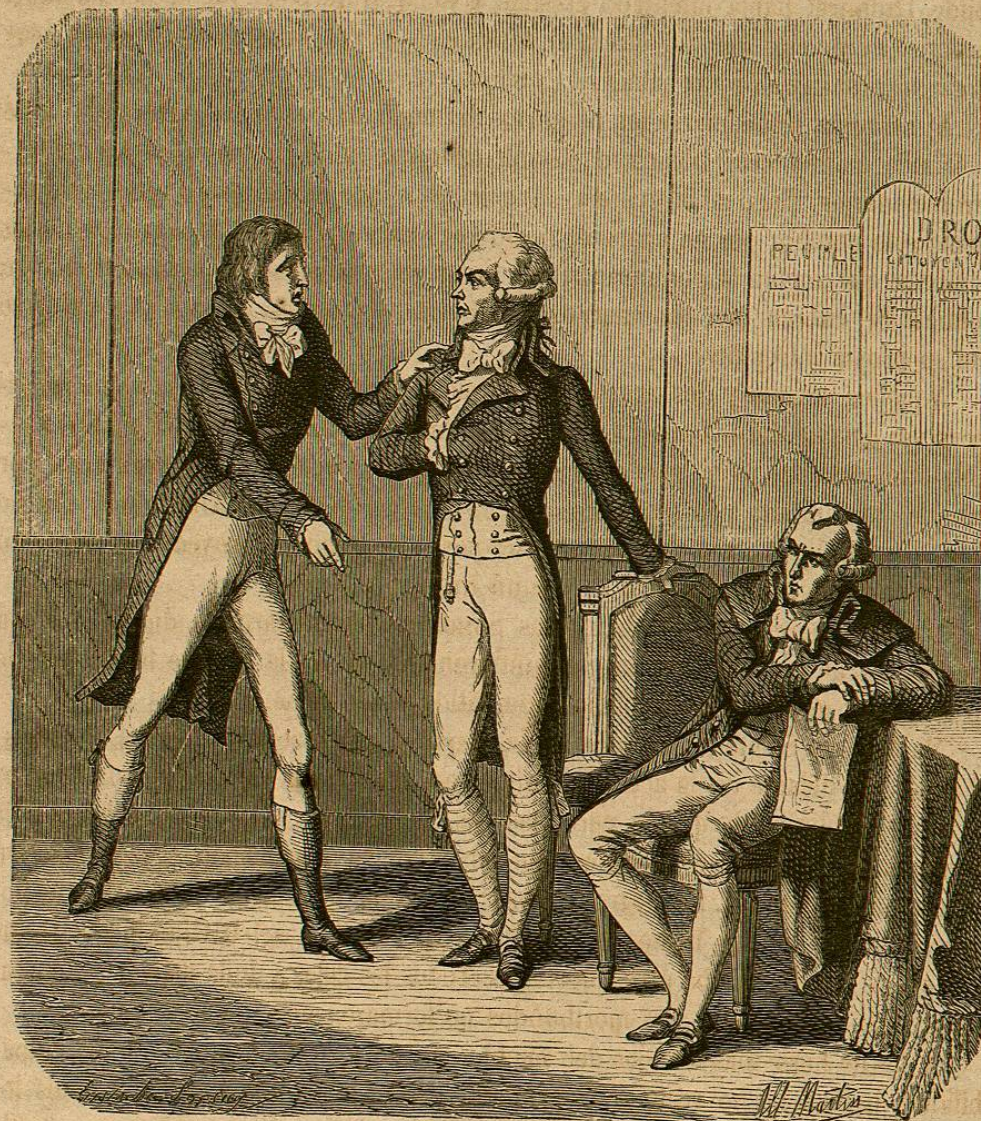
Aquellos sesenta y dos acusados, cómplices pretendidos, se vieron por la primera vez delante del tribunal. Ladmiral manifestó firmeza; Cecilia Renault, sensible é interesante, pidió perdon á sú padre, á su madre y á sus hermanos por haberles precipitado por su ligereza en la apariencia de un crimen que ella no habia concebido. Afirmó ante la muerte que su pretendido proyecto de asesinato no era más que una curiosidad de ver un tirano.

Los Montmorency, los Rohan y los Sombreuil conservaron la dignidad de su inocencia y de sus nombres; no desmintieron delante de la muerte la nobleza de su sangre, y murieron como habian combatido sus abuelos.

Madama de Sainte-Amaranthe se desmayó en los brazos de sus hijos. Sartines, al pasar por delante de la actriz Grandmaison, inundó las manos de ésta con sus lágrimas, suplicándole que le perdonase la muerte á la cual su cariño hacía él la conducia. Su mujer fué superior á su edad por su resignacion, y superior á su belleza por su ternura. Se alegraba morir con su madre, su marido y su hermano, estrechándolos en sus brazos, sin rechazar ni áun á la actriz Grandmaison, que una suerte cruel asociaba á su infortunio. Todos los celos y toda distancia desaparecieron ante la muerte. Los moribundos no formaron más que una familia.

A fin de herir más los ojos del pueblo con un aparato más grande de culpabilidad, habian hecho vestir, por primera vez desde Carlota Corday, á todos los sentenciados con la túnica de lana roja, distintivo de los asesinos. Una escolta de caballería y algunos cañones cargados con metralla precedian y seguian la comitiva. Ocho carretas la componian. En la primera habian hecho subir á madama de Sainte-Amaranthe y madama de Epremenil, en el primer banco; madama de Sartines y la Grandmaison, aquellas dos víctimas de un mismo amor, en el segundo. En la carreta siguiente, á Mr. de Sartines y á su jóven cuñado, Mr. de Sombreuil y su hijo. Las otras conducian, al lado de los Montmorency y de los Rohan, al pobre y fiel criado de la Grandmaison, Biret, que lloraba, no por él, sino por su señora. La marcha fué lenta; el cadalso estaba léjos, el cielo de primavera, y la multitud era inmensa. Todas las miradas se dirigian hácia aquel grupo de cabezas de mujer que serian bien pronto separadas de sus cuerpos. Los reflejos ardientes de

la túnica roja realzaban aún más la blancura de sus gargantas y la brillantez de sus colores. La multitud se embriagaba por aquel derramamiento de hermosura que iba á extinguirse. Las víctimas hablaban entre sí algunas palabras con triste sonrisa en voz baja, y se dirigian miradas de commiseracion. Ladmiral se indignaba y se compadecia por la suerte de sus pretendidos cómplices. «Ni uno solo—exclamaba—ha conocido mi designio; he querido yo solo vengar la humanidad.»



Saint-Just, Robespierre y Couthon.—Pág. 448.

Después, volviéndose á Cecilia Renault, que rezaba con fervor, le decia con irónica piedad: «Habeis querido ver á un tirano; mirad y ved centenares bajo nuestros ojos».

La marcha duró tres horas. Sacrificaron primero á los más oscuros, después á Cecilia Renault, Grandmaison, Ladmiral, madama de Epremenil, los nobles de la antigua monarquía y el jóven Sainte-Amaranthe. Su hermana y su madre vieron arrojar su cuerpo decapitado en el cesto. Su turno su aproximaba. La madre y la hija se abrazaron y se dieron el último y prolongado beso, que interrumpió el verdugo. La cabeza de la hija se reunió á la de su jóven hermano. Madama de

Sainte-Amaranthe murió la penúltima, Sartines el último, viendo caer durante un suplicio de tres cuartos de hora la cabeza de su querida, la de su cuñado, que quería como si fuese su hijo, la de su madre política y la de su esposa. Había muerto para todos los sentimientos de este mundo ántes de sucumbir bajo la cuchilla.

Aquella carnicería irritó al pueblo contra Robespierre. El crimen de sus enemigos recaía sobre él. No le creían tan decaído en la influencia de los comités para permitirles suplicios que no deseaba; no le creían sobre todo tan cobarde para tolerar crímenes que reprobaba. Los que esperaban en él se indignaron, sus amigos se aturdieron, y sus enemigos se animaron; les había dado el secreto de su debilidad, y redoblaron la ferocidad, cubriéndole durante cuarenta días de la sangre que vertían. El no se atrevía ni á aprobar ni á desaprobar este acrecentamiento de asesinatos, luchando en vano bajo la responsabilidad del Terror. La opinión lo rechazaba todo sobre su nombre; situación cruel, intolerable y merecida; lección eterna para los hombres populares, sobre los que la justa posteridad acumula todos los crímenes contra los cuales no se han atrevido á protestar.

V

El lenguaje de Robespierre en los Jacobinos durante aquellos cuarenta días se resentía de la opresión de su alma. Su estilo era vago, oscuro y ambiguo como su situación, no comprendiéndose si acusaba á los comités por su rigor ó por su indulgencia. Tan pronto vituperaba la moderación, como tan pronto la crueldad. Sus palabras con dos cortes amenazaban siempre sin herir nunca, teniendo en suspenso su ira, y no se adivinaba si descargaría sobre los verdugos ó sobre las víctimas. Un hombre político que no se atreve á explicar sus miras, se enajena á la vez los dos partidos.

«Es tiempo, ciudadanos,—dijo al fin, pocos días ántes de la crisis,—de que la verdad haga oír en este recinto acentos tan libres y tan varoniles como los que ha hecho resonar en las importantes circunstancias de la revolución. ¡Irémos como los conspiradores á concertar en los escondrijos oscuros (alusión á los conciliábulos de Clichy) los medios de defendernos contra los pérfidos esfuerzos de los malvados? Denuncio á los hombres de bien un sistema que tiende á sustraer á la aristocracia de la justicia nacional, y á perder á la patria hiriendo á los patriotas. Cuando las circunstancias se desenvuelvan, me explicaré con más claridad. Ahora digo lo suficiente para los que me entienden. Nadie tendrá poder bastante para impedirme que manifieste la verdad en el seno de la Representación nacional y de los republicanos. No está en el poder de los tiranos y de sus seides inutilizar mi valor. Que se esparzan libelos contra mí; yo siempre seré el mismo. Si se me obliga á renunciar parte de las funciones de que estoy encargado (la oficina de policía), aún me queda la cualidad de representante del pueblo, y haré una guerra á muerte á los tiranos y á los conspiradores.»

Aquellos tiranos y aquellos conspiradores vagamente designados en estas palabras eran Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois, Barere, Carnot, Leonardo Bourdon, Vadier y todos los miembros de los comités. Estos no se atrevían á aparecer en los Jacobinos desde que Robespierre reinaba allí solo, ó permanecían, si iban,

silenciosos para espiar y denunciar sus palabras. Le acusaban al salir de querer insinuar al pueblo la existencia de un foco de complots en la Convención, y de predicar la necesidad de una depuración violenta é insurreccional como la del 31 de Mayo.

Algunos días después, Robespierre se explicó más abiertamente; se presentó como víctima y llamó sobre sí mismo el interés y casi la piedad de los patriotas. «Estos monstruos —dijo— entregan al oprobio á todo hombre de quien temen la austeridad de costumbres y la inflexible probidad. Tanto valdría volver á los bosques, que disputarnos así los honores, la fama y las riquezas de la república. Nosotros no podemos fundarla sino por instituciones protectoras, y estas instituciones no pueden asentarse sino sobre las ruinas de los enemigos incorregibles de la libertad y de la virtud. Pero estos malvados no triunfarán,—continuó;—es necesario que estos cobardes conjurados renuncien á sus complots, ó que nos arranquen la vida. Sé que ellos lo intentarán, todos los días lo intentan. ¡Pero el genio de la libertad protege á los patriotas!»

Aquellos acentos apasionaban vivamente el pequeño número de jacobinos que se estrechaban á su alrededor cada noche. Estos hombres resueltos estaban prontos á marchar con Robespierre al objeto que les indicase, y aún se adelantaban al impulso que les daba. Su impaciencia aspiraba abiertamente á una insurrección; conjuraban á su dueño á que nombrase sus enemigos, jurando sacrificarlos por su causa. Buonarotti, Lebas, Payan, Couthon, Fleuriot-Lescot, Henriot y Saint-Just no cesaban de reprenderle sus contemplaciones y sus escrúpulos. El pueblo estaba pronto á levantarse á su voz y depositar en sus manos el poder y la venganza. Robespierre continuaba en rehusar la dictadura con una inexplicable obstinación. El nombre de faccioso le causaba horror, decía. La sombra de Catilina se levantaba siempre delante de él. En la Convención respetaba la patria, la ley y el pueblo. La idea de atentar por la fuerza á la Representación y mostrarse de este modo el violador de aquella soberanía nacional que toda su vida había profesado le parecía una especie de sacrilegio. No quería contaminar con la usurpación ni su virtud republicana ni su memoria. Más quería ser, añadía, la víctima que el tirano de su patria; deseaba sin duda el poder, pero lo quería dado, no robado. Fuertemente creía en sí mismo, en el poder de su palabra y en su inviolabilidad popular; no dudaba arrancar á la Convención, por sólo la fuerza de la verdad y de la persuasión, aquella autoridad que no quería destrozar disputándola por la mano tumultuosa de una sedición; pensaba que la república reconocería por sí misma la supremacía del genio y de la integridad. Idolo de la opinión, elevado por la opinión, adulado, deificado hacía cinco años por ella, quería que sólo la opinión le proclamase la última palabra y el primer hombre de la república. «Desgraciados los hombres—repetía muchas veces á sus amigos—que resumen en sí mismos la patria, y que se apoderan de la libertad como de sus bienes propios. Su patria muere con ellos, y las revoluciones que se apropian no son más que cambios de servilismo. ¡No, nada de Cromwell,—decía continuamente,—aunque sea yo!»

En aquel pensamiento, Robespierre preparaba lentamente por toda arma un discurso para la Convención; discurso en que batiría á sus enemigos, dejando solamente descubrir á las miradas del pueblo sus tramas y su propia integridad. Retocaba á placer aquel discurso, tan teórico como una filosofía, tan apasionado como